El pintor José Hernández: La belleza es otra cosa

JOSE M.ª MORENO GALVAN

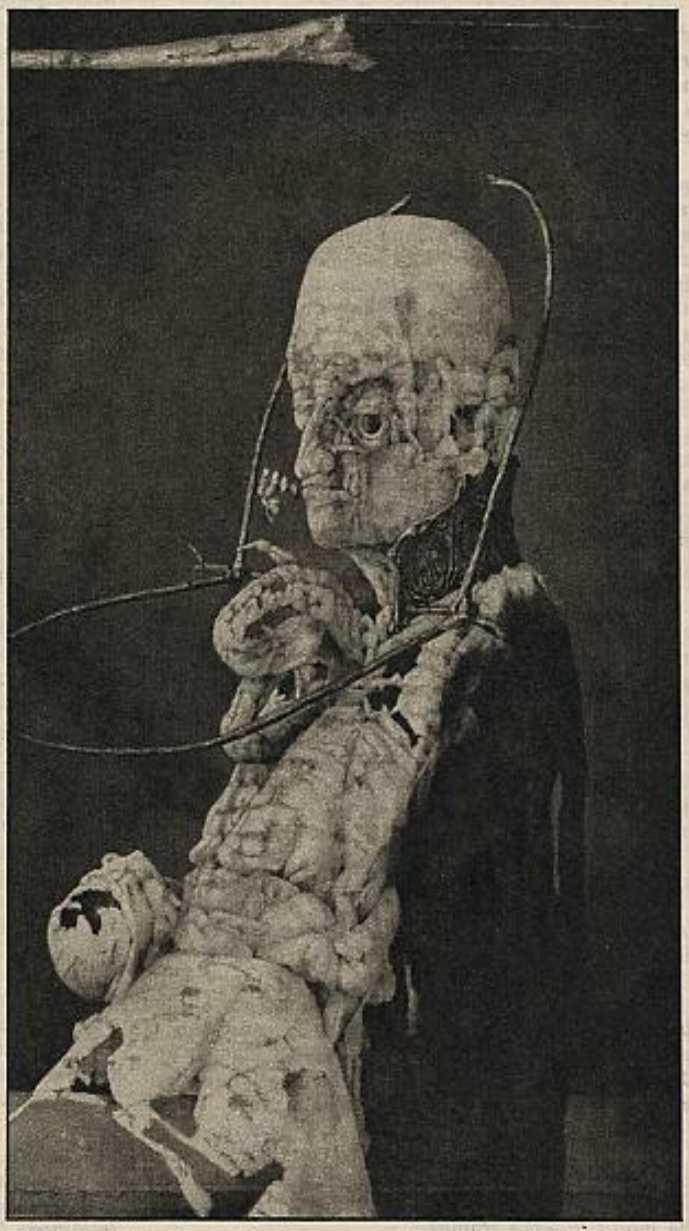
SIEMPRE que, antes de que los exponga públicamente, voy a ver cómo lleva sus cuadros Pepe Hernández, allá en ese rincón del Arlanza donde ambos nos retiramos con nuestras familias, siempre me encuentro con dos cosas que espero, pero que inevitablemente las encuentro allí: encuentro en ellos, en primer lugar, un color y un clima de museo... ¿No tienen color y clima de museo los cuadros de Hernández?... Encuentro, en segundo lugar, el recuerdo nostálgico —recuerdo antipático— de la bella Simonetta... de Simonetta Vespucci, aquella que fue querida de un Médicis —creo que fue de Cosme— y cuya maravillosa figura utilizó Botticelli ("El nacimiento de Venus", el "Triunfo de la primavera") para alguno de sus cuadros. No puedo evitar el acordarme de la gloriosa carne joven de Simonetta cuando, frente a los cuadros de Pepe Hernández, veo la figura piltrafósica de un condestable o de un maestre ya jubilado de alguna orden de caballería, o algo equivalente, en su casa, rodeado y acompañado por una zoología inesperada...

Alguna vez, y con motivo de la presente exposición, he visto citado en relación con esa pintura, a Valdés Leal. Pero no. Valdés Leal es el triunfo de la muerte: la muerte como tal muerte. La iconografía de José Hernández utiliza, sí, a la muerte, pero a la muerte en sustitución de la vida y, más aún, el darle paso a una necrosis con la que se sienten en su elemento todos esos personajes que se sienten bien en ese mundo mitad vida y mitad muerte, como ellos mismos.

Pero en fin, he hablado de un clima museal presente en estos cuadros. El color es el principal ingrediente en este sentido. Hernández ha conseguido infundir en estos cuadros, en toda su obra, un color dorado... para ejemplificar el cual, y con todos los respetos, claro, no tengo más remedio que referirme a los oros venecianos postizianescos.

¡Pero Señor, qué diferencia! ¡Qué diferencia usar los dorados que circulan por la bella carne de la Venus de Urbino, en comparación con los también dorados de las caras de "Los estrategas", en el cuadro de José Hernández. Y claro que nuestro pintor ha inundado sus pinceles y su sensibilidad en toda la estética pospicassiana del siglo XX. No podía haber sido de otro modo, porque no se puede amar, como ama Hernández, a la pintura del pasado si previamente no se ama a la pintura de nuestro presente. Es más, ese baño de pintura clásica que la pintura de Hernández acredita, y en la presente exposición de Biosca se hace visible, no hubiera sido posible así si no hubiera sido a través de un gran conocimiento de la pintura de nuestro tiempo.

Pero Hernández es, además, un pintor de nuestro siglo, por otra cuestión: Por la atención, casi preferente, que sabe prestarle siempre al lado expresivo de... ¿lo llamaré "la otra belleza" como es corriente decir por una apreciación del arte de hoy?



José Hernández, color y clima de museo, con la muerte sustituta de la vida.

No: no hay más belleza que "la belleza", la cual ya sabemos todos lo que es, y desde luego no caracteriza a ningunos de los personajes de nuestro artista —hombres o mujeres—. Lo que Hernández hace —y en eso sí que es un característico "novecentista", como quería nuestro D'Ors— es trasladar el lugar de acentuación de toda posible belleza, desde el modelo previo hasta el cuadro en sí mismo. Pero aún así, no me atrevo —no quiero— llamar bellos a los cuadros de Hernández, poblados por sus horribles homínidos. Hernández es, como iba diciendo, un pintor de nuestro tiempo, muy de nuestro tiempo, porque su acción pictoricista ha cambiado el centro de gravedad de la obra, desde la antigua belleza que relataban hasta la expresividad que evidentemente relatan. Se podría decir que, por esa expresividad de su obra, sus cuadros son lo que podríamos llamar "expresionistas". Y sí, se les podría llamar así, si no fuera porque hay toda una fisiología del expresionismo de nuestro tiempo que no coincide exactamente con la pintura de José Hernández. En atención a esa fisiología de que hablo, y teniendo en cuenta, además, sus argumentos, más podrían estar en una posición onirista y, por tanto, más cerca de un cierto surrealismo. Es igual; dejemos la cuestión de las denominaciones. Ese onirismo de que yo hablo, esa especie de protosurrealismo, como el surrealismo en sí mismo, no dejaría de ser, si bien se le mira, una especie de expresionismo.

Es igual. Pero sea lo que sea, lo que es evidente es que Hernández es un gran pintor del tiempo presente. Y que, naturalmente, no haría mal papel entre ciertos pintores del pasado. Como ciertos pintores del pasado estoy seguro que quedarían muy bien al lado de una serie de pintores actuales. Supongamos —pongo por ejemplo— un cuadro de Matías Grünewald en una exposición de expresionistas actuales, alemanes o no. Estoy seguro de que quedaría bien. ■